

dos, y todo fué con piedras, pedazos de canto que de arriba arrojaban: como se quebraban en el camino en muchos pedazos saltaban y daban en los nuestros, y así los cogía por delante que los mataban; de modo que si tuvieran los enemigos algun ingenio, no dejáran español vivo, y cuando ya los nuestros dejaron el peñol y se remolinaron para hacerse fuertes, como habian venido tantos indios en socorro de los cercados, con intento de pelear que cubrian el campo, Cortés y los de á caballo que estaban á pie montaron en sus caballos, y arremetieron á ellos en lo llano, y diciendo ¡santiago! á ellos! los echáron fuera á puras lanzadas, mataron allí y en el alcance que duró hora y media muchos de ellos. Al tiempo que los iban siguiendo los de á caballo vieron otro peñol, aunque no tan fortalecido, tan agrio, ni con tanta gente; pero tenia al rededor muchos lugares, y Cortés se fué con todos los suyos á dormir allá aquella noche, pensando *recobrar la reputacion que el día anterior perdió*, y por ver que no habia hallado agua en aquella jornada, la gente de aquel peñol hizo toda la noche mucho ruido, como lo tienen de costumbre con vocinas, atabales y gritería. A la mañana miraron los españoles lo mas flaco y fuerte del peñol, y era todo él malo y fuerte de combatir y tomar, porque tenia dos padrastros cerca en que estaban hombres con armas; Cortés dijo á los suyos que lo siguiésen todos, que queria tentar las dos peñas, y comenzaron á subir la sierra á gran priesa, y así como iban llegando, los otros que lo aguardaban iban huyendo por la otra parte al peñol, pensando que los españoles iban á combatirlo: Cortés que vió el desconcierto de los enemigos mandó á un capitán que fué con cincuenta compañeros, y tomáse el mas agrio y cercano padrasto, y entonces él con los demás arremetió al peñol, y así luego les ganó una vuelta: entonces subió muy bien y un capitán puso su bandera en lo mas alto del cerro, y allí disparó las escopetas y ballestas que llevaba, con que hizo mas miedo que daño porque los indios se maravillaban, por lo que soltaron luego las armas en el suelo, que fué señal de rendirse y diéronse. Cortés les mostró alegre rostro, y mandó que no se les hiciése mal ninguno. Ellos viendo tanta humanidad, enviaron á decir á los otros del peñol, que se diésen á los españoles que eran buenos y les hacian creer que tenian alas para subir á donde querian (30) con otras muchas razones que les dijeron; pero lo principal era que ellos *tenian falta de agua* y por irse seguros á sus casas: luego como oyeron estas razones, tuvieron por bien de

[30] ¿Por qué no usaron los españoles de ellas para trepar y no ser rechazados? No sé que en otra vez pudieran haber hecho mejor uso de ellas que en esta.

darse á Cortés y pedir perdon por los españoles que mataron y por los demás amigos tezcocanos y tlaxcaltecas. El capitán Cortés otorgóles luego perdon general y se apiadó de ellos, que como no dieron ocasion de guerra, no les quiso hacer mal. Holgóse de que se la diésen aquellos que tenian la victoria por su parte porque era ganar buena fama con los de aquella provincia.

CAPITULO 17.

En que se cuenta la batalla que tuvo Cortés para conquistar á Xuchimilco y sus pueblos.

No estuvo muchos dias en Chimalhuacán Chalco, y en estos peñoles y pueblos, pues luego se puso en camino, y ántes que fuera hubo de despachar á los heridos y enfermos al pueblo de Tezcoco, y llevó todo su ejército bien concertado, y se partió para Huaxtepec ácia Quauhnahuac sin que le faltáse municion ni comida. Antes de llegar á Huaxtepec dijeron á Cortés, como tenia el pueblo mucha gente de guarnicion de mexicanos y culhuás, y quedó espantado de ver que tan estendidos estuvieran en todas las provincias de esta tierra, donde conoció la razon por que eran muy temidos los mexicanos de toda la nacion de la nueva España. Durmió con su ejército en una buena casa de placer y huerta, que casi tiene una legua de circuito en redondo, y toda ella cercada de cal y canto, la que segun dicen era recreacion de los reyes de México, y además tiene un buen rio que la atraviesa por medio á donde llegó el ejército sobre tarde. Al otro dia que amaneció no hallarou gente porque todos habian alzado su atillo, y se habian huido á los montes. Cortés mandó á algunos de los suyos que siguiésen á los culhuás hasta un pueblo que se dice *Xomiltepec*, los cuales indios estaban descuidados de aquel sobresalto: luego que entraron mataron algunos de ellos que se defendian y prendieron muchas mugeres, niños y algunos viejos que no podian huir. Cortés estuvo allí esperando dos dias á ver si venian los del pueblo con su señor; mas como no vino nadie mandó poner fuego á todo el lugar, y como vió que sus soldados habian hecho presa de mugeres y muchachos, mandó que só pena la vida ningun soldado detuviése muger ni muchacho, que los castigaria por ello y así todos las dejaron y se fueron al pueblo. Estando Cortés ocupado en esto le vinieron á la obediencia el pueblo de *Yauhtepec* y los señores de ella, con que Cortés se holgó mucho y los admitió, y luego que acabó de poner en concierto estas poblaciones se fué de Ximiltepec á *Quauhnahuac* que ahora se dice Cuernavaca, se ha corrompido el nombre natural, pues á este lugar llegó, que era muy fuerte y muy gran poblacion,

cercado de grandes barrancas hondas, y no tenia entrada para los caballos, sino era por dos partes estrechas, y estas sino eran puentes levadizas no habia por donde entrar á caballo, si no rodeaban legua y media, y era con muy grande trabajo y peligro, mas como estaban tan cerca y hablaban con la gente del lugar, tiraban flechas y piedras á los de Cortés: requirióles de paz, y ellos respondieron que no querian sino guerra. En estas pláticas pasó el barranco un tlaxcalteca que supo el camino que estaba secreto sin ser sentido por un paso muy peligroso, (31) pasaron luego tras él cuatro españoles, y luego otros muchos siguiendo los pasos de los primeros. Entraron en el lugar y llegaron á donde estaban los vecinos peleando con Cortés, y á puras cuchilladas los hicieron huir. Atónitos quedaron de ver junto asi la gente que habia entrado en un credo, porque tenian por imposible acertar con los pasos segun estaban guardados, todos los mas se ausentaron á los mas altos cerros: ya cuando el ejército llegó estaba quemado lo mas del lugar y despues que era ya tarde vino el señor con todos los demas principales á darse y ofrecer sus personas y hacienda, contra los mexicanos. Cortés los acarició con blandas palabras y mucha amistad, diciéndoles por el intérprete que era Malintzin Tenepal, que decia el capitán se sosegásen y no se alborotásen, que no venia á matarlos ni quitarles sus haciendas, sino á ampararlos de los grandes subsidios y trabajos en que los tenian los mexicanos sujetos á su imperio: que mirásen, y considerásen los muchos hombres que traia para castigar á los pueblos que eran rebeldes, y no querian llegarse á la razon, con otras muchas palabras que les dijo Marina en nombre de Cortés que quedaron muy contentos. De allí á tres dias salió Cortés con todo su ejército y camino hasta siete leguas de allí acia el monte grande, (monte de Ajusco) camino que vá á Mexico, y llegó á lo mas alto de la cumbre á unas estancias que estaban despobladas y sin agua, que se dicen *Quauhómolco*, cercado de grandes espesuras de montes, y asi pasó mal aquel dia por la falta de agua, en el que parecia de sed y trabajo el ejército: otro dia descubrieron por encima de los montes la ciudad de Xochimilco, con otros muchos y grandes pueblos. Llegaron á la dicha ciudad que es grande en la laguna de agua dulce: los vecinos y otras gentes estaban ya avisados por los mexicanos, de como iban los españoles sobre ellos y asi tenian ya alzadas las puentes y rotas las acequias y puestos en defensa los vecinos y mexicanos, que los defendian valerosamente creyendo quedar

[31] *Sobre el brazo de un árbol corpulento que caia de la barranca opuesta que sirvió de puente, porque estaba enlazado con otro árbol.*

victoriosos, por ser el lugar fuerte y no haber mas entrada que las acequias que eran hondables. Cortés que vió esto ordenó sus huestes, y primero hizo apearse á los de á caballo, y llegó con ciertos compañeros á probar si podria ganar la primera albarrada, y fué tanta la priesa que dió á los enemigos con la escopeteria y ballestas, que aunque eran muchos la desampararon y fueron muertos algunos y muchos los heridos: luego que se retiraron se dejaron arrojar al agua los españoles, y como pasaron en media hora que pelearon habian ganado lo mas principal, y mas fuerte puente de la ciudad, y los enemigos que la defendian se recojieron en el agua en canoas que en aquel punto habia, y en ellas pelearon hasta que se acercaba la noche; unos pedian paz y otros guerra, y todo era engaño y ardid para entre tanto alzarse con el hatillo, y meterse en lo mas adentro de la laguna entre los cañaberales y juncia que hay allí: esto hacian por entretener mientras llegaba el socorro que esperaban de los tenuchas y culhuas, que estaban bien cerca de allí como á tres leguas ó cuatro, y haciendo tiempo para quebrar la calzada por donde los castellanos entraron. Todas estas razones pusieron á Cortés dudoso hasta que cayó en la cuenta, y luego con los caballos que tenia allí fué á dar en los que quebraban la calzada, donde desbarató y mató muchos de ellos á lanzadas los cuales se arrojaron á las acequias y huyeron. Salió tras los que escaparon y los alanzó de suerte que todos quedaron tendidos en el campo y sin vida, aunque muchos de ellos eran tan valientes y se defendian con tal ánimo que pusieron en grande aprieto á los de á caballo, sin temor ninguno con la espada ó macana, y daban las cuchilladas tan bravas que abrían como si fueran granadas; de modo que los castellanos se espantaban y no osaban llegarse á estos tales que traian macanas cortadoras, y muchas veces en este campo peleaban con rodela y macanas con los amigos tlaxcaltecas y tezcocanos, donde morian de una parte y otra. Sucedió allí que al capitán Cortés se le cayó en el suelo el caballo de puro cansado, que si no fuera por un caballero tlaxcalteca que se decia *Ocelotzin* que valerosamente defendió á Cortés, lo hubieran prendido. Luego llegaron los compañeros y lo defendieron, y el tlaxcalteca mató mas de seis valientes mexicanos que se habian arrojado á quererle prender: al fin le trajeron otro caballo mejor, y subió en él y fué en su compañía este indio que le iba abriendo camino, hasta que llegó á la infanteria española; entonces huyeron los enemigos y en la ciudad mataron dos españoles que se desmandaron por querer robar lo que sintió mucho Cortés. No quiso seguir mas el alcance sino que con la trompeta que llevaba hizo seña que se retirásen á descansar por ser ya tarde, y lo otro por cerrar entre tan-

tanto lo que había rompido de la calzada, con piedras y adobes de que había allí mucha cantidad, y así amaneció otro día muy bien aderezado el camino; y aunque vinieran otra vez los enemigos no pudieran tornar á romper la calzada, porque había puesto muy buenos guardas. Los xochimilcanos quedaron tan amedrentados de la refriega pasada, que avisaron á *Quauhlimóc* que se doliése de aquellos señores de Xochimilco, y les socorriése con gente de México para poderse defender de los españoles y demás extranjeros que venían en su compañía. Luego que el rey supo la necesidad que tenían envió por la posta de su grande ejército un buen batallón de gente muy lucida, y por otra parte envió mas de dos mil canoas por agua en que iban mas de doce mil hombres, y todos iban juntos para cercar derepente á los españoles, para tratarlos como habían tratado los de México con los xochimilcanos, y así el día que llegaron se lo dijeron al capitán Cortés, quien se subió en una torre que había en un alto para divisar los enemigos, y luego que subió miró la gente con la orden que traía y por donde combatirían la ciudad; pero se maravilló de tanto barco y gente que cubría agua y tierra, y así luego dió orden en concertar su ejército y repartió los españoles á la guarda del pueblo y calzada, y él salió á los enemigos con la caballería y con seiscientos tlaxcaltécas que partió en tres partes, á los cuales mandó que roto el escuadrón de los contrarios se recogiesen á un cerro que les mostró media legua lejos. Venían los capitanes mexicanos delante, con espadas ó macanas de finas navajas y pedernales que resplandecían como espejos y muy arrogantes, echando bravatas y diciendo: *aquí os mataremos á vosotros los españoles con vuestras armas*, y otros decían, *ay de vosotros, pobres y cuitados*, que ya no hay otro Moteuhzoma que os quiera, y que vuelva por vosotros y que tan bien os regalaba cada día; ya se acaban vuestros contentos, ya ahora no tenemos á quien temer, como nuestros amigos que le temían; y otros decían, *aguardad hijos del sol*, que presto moriréis á nuestras manos y os comeremos asados en barbacoa ó cosidos que sois de sabrosas carnes. A los amigos tlaxcaltécas también los amenazaban con grandísimas injurias como á los españoles, y apellidando con indecible gritería, ¡México! ¡México! ¡Tenoxtitlán! ¡Tenoxtitlán!, andaban á gran prisa: entonces hizo señal Cortés de pelear y fué el primero que arremetió y rompió por ellos con sus caballos, y cada escuadrón de los de Tlaxcalán y los demás amigos de su parte, y á puras lanzadas los desbarató; mas luego se tornaron á ordenar, y como vió Cortés su concierto y ánimo, y que eran muchos rompió por ellos otra vez, mató á algunos, se recogió á un cerro que él tenía dicho, mas porque lo tenían ya tomado los enemigos; mandó á parte de los suyos que subiesen por de-

trás, y él rodéo lo llano: los que arriba estaban huyeron de los que subían y dieron en los de á caballo á cuyos pies murieron en poco rato mas de quinientos. Cortés descansó allí un poco y envió por cien españoles, los que así como llegaron pelearon á porfía con otro grande escuadrón de mexicanos, que venían detrás y los desbarataron; mas metiéronse en el lugar porque les combatían por tierra y agua muy terriblemente y con su llegada se retiraron. Los españoles que lo defendían mataron muchos contrarios y tomaron dos espadas de las nuestras, aunque también se vieron en peligro porque se les acabaron al mejor tiempo las saetas y armas; mas apenas se habían ido estos capitanes mexicanos cuando entraron otros por la calzada con igual gritería: revolviéron á ellos muy denodadamente, y aunque hallaron muchos indios valientes que daban mucho miedo con su fiereza bravura y venían furiosos, con todo eso los españoles se animaron contra ellos, y se metieron por medio los de á caballo y á todo reventar atropellaron tantos que los aventaban al agua, donde se ahogaron muchos y á los demás fuera de la calzada. Así pasaron todo aquel día en pelear con los xochimilqueños y sus amigos mexicanos, y despues que se sesegó la batalla mandó Cortés poner fuego á las casas mas principales que había en el pueblo, y quedaron solas las en que posaban los castellanos. Allí estuvo Cortés con los suyos tres días, y en ellos no cesaron de pelear y con tanto ataque que los consumían en la guerra, y su gente partió al cuarto día para Coyoacán, que está á dos leguas, y luego les salieron los de Xochimilco á seguirlos; al fin los españoles los retiraron con las escopetas hasta que se volvieron casi corridos porque no se vengaron. (32) Estaba Coyoacán todo despoblado por haberse ido todos los vecinos á las sierras; mas porque pensaba Cortés poner cerco por allí á México, que hay legua y media de calzada, se estuvo dos días derrotando los ídolos en que adoraban y mirando el sitio para el real ó su presidio á fin de que los bergentines tuviesen guarda. Cortés dió vista á México con doseientos españoles y cinco de á caballo, á los demás envió por otro camino á Tezcoco y combatió una albarrada aunque se la defendieron fuertemente é hirieron algunos españoles: hecho esto se retiró á Tezcoco que era bien deseado deseado de los demás amigos que allí había dejado, y ya había dado vuelta á la laguna y visto la disposición de la tierra con otros encuentros que tuvo con los mexicanos y culhuas en el camino en que murieron muchos indios de los enemigos y amigos.

[32] De consiguiente el campo quedó por los mexicanos.

CAPITULO 18.

Como mandó Cortés hacer una zanja desde Tezcoco hasta la laguna para echar los bergantines al agua y otras cosas.

Quando llegó Cortés á Tezcoco halló muchos españoles que nuevamente habian venido á seguirle en aquella guerra que segun la fama corria en todas las islas de la mar de la nueva España (pues ya la llamaban asi) Estos españoles pues trajeron muchas armas, caballos y otras muchas cosas necesarias que se ofrecian en aquel tiempo, y asi se despoblaban las islas por venir á servir á Cortés, aunque por otra parte Diego Velazquez impedia á muchos que no acudieran, por la malicia y envidia que tenia contra Cortés, pues que la buena fortuna que le sucedia, le hacia desear que nadie le favoreciera ni acudiera á su causa. Cortés animaba á todos sus amigos y los queria de tal manera que con ellos era franco, y no se hartaba de hacer mercedes á todos; hasta á sus enemigos, que eran de la parte de Velazquez los atraia á su gracia y buena afabilidad, porque los honraba y se aprovechaba de todo porque no tuvieran que murmurar de él, diciendo que era escaso. Estando solicitando los medios que convenian á la guerra, vinieron de muchos pueblos muchos señores caciques á ofrecerse al amparo suyo contra los mexicanos, segun las relaciones y querellas que daban del rey Quauhtimoc, y sus culhuas que él les proponia, y por otra parte temian ser destruidos si no se ofrecieran segun habian visto por los demas pueblos, que fueron castigados por su rebeldia; de esta manera estaba el capitán Cortés ufano, y mas teniendo gran número de españoles y grandísimo ejército de infinidad de indios. El capitán que dejó en presidio en la ciudad de Segura, que es frontera de mexicanos, envió á Cortés una carta que recibió de un mensajero español, la cual en suma decia: „Muy noble señor y señores: dos ó tres cartas hé escrito á vuestras mercedes, y de ninguna he tenido respuesta, (ni creo que la tendré de esta segun es mi desventura.) En ellas envió á avisar que los valientes culhuas andan por esta tierra haciendo grandes guerras y daños á nuestros amigos, y aun á nosotros nos han venido á acometer. Hemos tenido muchas refriegas con ellos, y los hemos vencido, y se han ido como dicen, *el rabo entre las piernas*: toda esta provincia tiene grandísimo deseo de ver á vuestras mercedes, y ofrecerse á la corona imperial de D. Carlos nuestro señor: tienen gran necesidad de españoles, para que nos reparémos de los muchos enemigos que cada día nos dan guer-

ra, y así suplicamos á vuestra merced como á capitán general y á los demás señores capitanes, se conduelan de estos pocos amigos que quedan en este destierro, enviándonos siquiera treinta españoles á nuestra compañía, que mucho lo agradeceremos. (33)“ Cortés quedó perplexo considerando la carta que le enviaron y cuan encarecidamente suplicaban que les enviase socorro; mas como vió que en la mas crítica ocasion de sus trabajos le enviaban á pedir gente, tuvo por bien de enviar respuesta al capitán diciendo que le perdonase por entonces, que no podia por estar ocupado en cercar á México; mas que le daba muchas gracias y agradecia los trabajos sufridos, que tuviessen paciencia, que muy presto se veria con ellos: que mirásen bien por su fuerte y los pueblos y amigos, que les daba su palabra que les pagaria dobladamente los trabajos que pasásen. Aquel español que uno era de los que habia enviado á las provincias de Chinantla desde México un año habia á calar los secretos de la tierra, y á descubrir oro y á hacer otras granjerias, y aquel señor de la provincia le hizo capitán suyo contra los culhuas sus enemigos, el cual les daba guerra, por tener españoles consigo desde que el gran Motuhsoma murió, pero siempre quedó vencedor por su buena industria y esfuerzo de este español, el cual como supo que habia españoles en Tepeaca escribió las veces que la carta dice, mas ninguna se recibió sino esta. Mucho se alegraron los españoles al saber que estaban vivos aquellos compañeros y el señor de Chinantla, y alababan á Dios de las mercedes que les hacia, y no tenian otra conversacion sino de como habian escapado estos castellanos, pues cuando fueron echados de México mataron los indios á todos los que estaban en ganjerias y minas. Cortés apresuraba el cerco fortaleciéndose de lo necesario para él, haciendo pertrechos para escalar y combatir y acarreando vituallas, y luego dió prisa á enclavar y calafatear los bergantines y á cabar la zanja para echarlos en la laguna. Era dicha zanja de media legua larga, ancha de doce pies y mas, y de dos estados de honda donde menos, (34) que tanto fondo era menester para igualar con el peso del agua de la laguna y tanto ahondó para caber los bergantines; así iba toda ella por los lados en estacado y tenia encima su valladar. Guióse por una acequia de regadio, que los indios tenian, y así se tardó en constituir cincuenta dias, y trabajaban en ella mas de ocho mil indios de Tezcoco y de

[33] *Hé aquí una carta propia de un pobre soldado, si Solís la hubiera visto la habria perifrascado y convertida en un trozo épico.*

[34] *Seguramente que comenzaba donde está el muelle de Tezcoco llamado puente de los bergantines.*

los demás pueblos amigos. Era mucho de ver la solicitud y priesa con que lo hacian que cada dia trabajaban á la continua mas de mil indios: esta obra fué digna de memoria y de grandeza. Los bergantines se calafatearon con estopa de la tierra, y algodón, y á falta de sebo aceite, (porque pez como dije arriba no la habia) y segun como dicen algunos, con *sain* ó grosura de hombres, (35) no por que para esto se matásen, sino de los que en tiempo de guerra morian; mas como los indios estaban acostumbrados á los sacrificios y eran inhumanos en sus crueldades, hacian abrir el cuerpo muerto y le sacaban el *sain* ó injundia, y lo guardaban para curar heridas y otras cosas. Asi que se acabaron los bergantines se echáron al agua, hizo el capitán general alarde de su gente y halló novecientos hombres españoles los ochenta y seis con caballos, ciento y diez y ocho con escopetas y ballestas, y los demás con picas, rodela y alabardas, sin las espadas y puñales que cada uno traia; (36) tambien llevaban algunos coseletes y muchas corazas y xacos. (37) Halló asimismo cuatro tiros de los gruesos de hierro colado y quince pequeños de bronce, con doce quintales de pólvora y muchas pelotas ó balas; esta fué *ni mas ni menos* la gente, armas y municiones de España con que Cortés cercó á México el mas grande y fuerte lugar de las Indias y nuevo mundo; puso un trillo en cada bergantin porqué los demás fueron para el ejército, y luego hizo pregonar de nuevo las ordenanzas de guerra, rogando á todos que las guardásen y cumpliésen, y díjoles mostrándoles con el dedo los bergantines que estaban en las zanjas, estas palabras.

„Hermanos y compañeros míos: ya veis acabados y puestos á punto aquellos bergantines, y ya sabeis cuanto trabajo nos cuesta, y cuanta costa y sudor á nuestros amigos hasta haberlos puesto allí; muy gran parte de la esperanza que tengo de tomar en breve á México está en ellos, porque con estos ó quemaremos de presto todas las barcas de la ciudad, ó las acorralaremos allá dentro de las calles con lo cual harémos tanto daño á los enemigos, cuanto con el ejército de tierra que menos pueden vivir sin ellas que sin comer. Cien mil amigos tengo para sitiar á México, que son segun ya conoceis, los mas valientes y diestros hombres de estas partes; para que no os falte la comida está proveido cumplidísimamente. Lo que á vosotros toca es pelear como soleis, y rogar á Dios por la salud y victoria pues es suya la guerra.”

[35] *Circunstancia horrible y que espantará al hombre mas apático.*

[36] *Fuerza con que Cortés cercó á México.*

[37] *Vestidos cortos y groseros que antiguamente usaban los soldados, hechos de pelos de cabra.*

CAPITULO 19.

El ejército de Cortés para cercar á México.

„Hechas todas estas prevenciones, despachó al siguiente dia sus mensajeros á las provincias de Tlaxcátlan, Huejotcinco, Cholóllan, Chalco y otros pueblos para que todos viniesen dentro de diez dias á Tezcoco con sus armas y los otros aparejos necesarios al cerco de México; pues los bergantines eran ya acabados y estaba todo lo demás á punto, y los españoles tan ganosos de verse sobre aquella ciudad, que no esperarían una hora mas de aquel tiempo que les daba de plazo: ellos por que no se pusiese el cerco en su ausencia vinieron luego como les fué mandado, y entraron por ordenanza mas de sesenta mil hombres, la mas lucida y armada gente que podia ser segun el uso de aquellas partes. Cortés los salió á ver y recibir y los aposentó muy bien. El segundo dia de pascua de Espíritu Santo, salieron todos los españoles á la plaza, y Cortés hizo tres capitanes como maestros de campo, entre los cuales repartió todo el ejército. A Pedro de Alvarado, (que fué el uno) dió treinta de á caballo, ciento y setenta peones, dos tiros de artilleria, y mas de treinta mil indios, con los cuales pusiése real en Tlacopan; dió á Cristobal de Olid, que era el otro capitán, treinta y tres españoles á caballo, y ciento y ochenta peones, dos tiros y cerca de treinta mil indios con orden de que estuviése en Culhuacán. A Gonzalo de Sandoval que fué el otro maestro de campo, dió veinte y tres caballos, ciento y sesenta peones, dos tiros y mas de cuarenta mil hombres de Chalco, Cholóllan, Huejotcinco y otras partes, con que fuése á destruir á Ixtapalapan, y luego á tomar asiento á donde mejor les pareciere para real: en cada bergantin puso un tiro con seis hombres de escopetas ó ballestas, y veinte y tres españoles y hombres, los mas diestros en mar: nombró capitanes y veedores de ellos, y él quiso ser el general de la flota, de lo cual algunos principales de su compañía que habia por tierra murmuraron, creyendo que corrian ellos mayor peligro, y asi le requirieron que se fuése con el ejército, y no en la armada. No hizo caso Cortés de tal requerimiento, porque además de ser mas peligroso pelear por agua, convenia poner mayor cuidado en los bergantines y batalla naval que no habian visto que en la tierra, pues se habian hallado en muchas, y asi se partieron en Tezcoco los españoles para cercar á México á diez de mayo, y fueron á dormir á Acolman donde tuvieron ambos capitanes gran diferencia sobre el aposento, de modo si Cortés no hubiera enviado aquella misma noche una persona que los apaciguó, hubiera mucho escándalo; y aun

muertes. Durmieron al otro día en Xilotepec ò Ecatepec, que ahora se dice San Chritobal, que estaba despoblado: entraron bien temprano en Tlacopan, que tambien estaba como todos los pueblos de la laguna, desierto: aposentáronse en las casas del señor Totoquihuatzin, y los de Tlaxcálan dieron vista à México por la calzada, y pelearon con los enemigos hasta que la noche los separó. Otro día que se contaron trece de mayo, fué Cristobal de Olid à Chapultepec, recreacion de los reyes de México, quebró los caños de la fuente y quitó el agua à México, como se lo mandó Cortés, á pesar de los contrarios que reciamente se defendian peleando por agua y tierra: muy gran daño recibieron en quitarles esta fuente, que como en otro lugar dije abastecía la ciudad, Pedro de Alvarado entendió en adobar los malos pasos para caballos aderezando puentes y tapando acequias, y como habia mucho que hacer en esto, gastaron alli tres días, y como peleaban con muchos quedaron heridos algunos españoles y muertos bastantes indios amigos, aunque cegaron ciertas puentes y albarradas. Quedóse Alvarado alli en Tlacopan con su guarnicion, y Christobal de Olid se fué al pueblo de Coyoacán, con la suya conformes á la instruccion que llevaban de Cortés. Hiciéronse fuertes en las casas de los señores de aquellas ciudades, y cada día escaramuceaban con los enemigos, ó se juntaban á correr el campo, y á traer á sus reales mazorcas de maiz, fruta, y otras provisiones de los pueblos de la sierra, y en esto pasaron toda una semana aguardando las señales de Cortés.

CAPITULO 20.

La batalla y victoria de los bergantines contra los Acalles ò canoas.

El rey Quahutimóc luego que supo como Cortés tenia ya sus bergantines en agua y tan gran ejército para sitiar à México, juntó á los señores y capitanes de su reino á tratar del remedio: unos le incitaron á la guerra confiados en la mucha gente y fortaleza de la ciudad; otros que deseaban la salud y bien público (38) fueron de parecer que no sacrificaran los hombres españoles cautivos, sino que los guardásen para hacer las amistades y aconsejaban la paz; otros dijeron que preguntásen á los dioses lo que querian: el rey que se inclinaba mas á la paz que á la guerra, dijo que tendria su acuerdo y plática

[38] Chimalpain dice que el consejo de Quauhtimotzin se compuso del rey de Tezcoco, el de Tlacopan, Tlacotzin Zihaucaatl, juez mayor de México, Petlautzin, Motelihuetzin, Teouhtlamacasqui, Covatzin, Ahuelitotzin, Yopicatl, y Papocateintzin.

con los idolos, y les avisaria de lo que consultáse con ellos, y á la verdad él quisiera tomar algun buen asiento con Cortés temiendo lo que despues le vino; empero como vió los suyos tan determinados, sacrificó cuatro españoles que aun tenia vivos y enjaulados á los dioses de la guerra, y cuatro mil personas indios, segun dicen algunos. Yo bien creo que fueron muchos, mas no tantos: dicen tambien que habló con el diablo en la persona de *Vitzilopuchtli*, el cual le dijo que no temiese á los españoles pues eran pocos, ni á los otros que con ellos venian por cuanto no perseverarian en el cerco, y que saliése á ellos y los esperáse sin miedo ninguno porque él ayudaria y mataria á sus enemigos. Con esta palabra que del diablo tuvo mandó Quauhtimotzin quitar luego las puentes, hacer baluartes, velar la ciudad y armar cinco mil barcas ó canoas, y con esta determinacion y aparejo estaba cuando llegaron Cristobal de Olid y Pedro de Alvarado á combatir las puentes, y á quitar el agua á México, y no los temian mucho, ántes los amenazaban de la ciudad diciendo que contentarian á los dioses con su sacrificio y hartarian con su sangre y con su carne los tigres que ya estaban cebados con cristianos. Decian tambien á los de Tlaxcálan, ¡ah cornudos! ¡ah esclavos! ¡ah traidores! á vuestros dioses y rey no os quereis arrepentir de lo que haceis contra vuestros señores, pues aqui morireis malamente porque os matará la hambre ó nuestros cuchillos y os prenderemos, y comeremos, haciendo de vosotros el mayor sacrificio y banquete que jamás en esta tierra se hizo, en señal y voto de lo cual os arrojamos esos brazos y piernas de hombres propios vuestros, que para alcanzar victoria sacrificamos, y despues iremos á vuestra tierra, asolaremos vuestras casas, y no dejaremos casta de vuestro linaje. Los tlaxcaltécas burlaban mucho de tales fieros y respondian que les valdria mas darse que resistir á Cortés, pelear que bravear, callar que injuriar á otros mejores, y si querian algo que saliésen al campo y que tuviésen por cierto ser llegado el fin de sus bellaquerías y señorios, y aun de sus vidas. Era mucho de ver estas y semejantes habladas y desafíos que pasaban entre los unos y los otros. Cortés que tenia aviso de esto y de lo demás que cada día pasaba, envió delante á Gonzalo de Sandoval á tomar á Ixtapalapan, y él se embarcó para ir tambien allá. Sandoval comenzó á combatir aquel lugar por una parte y los vecinos con temor ó por meterse en México á salirse por otra y á recojerse en las barcas: entraron los castellanos y pusiéronle fuego. Llegó Cortés á la sazón á un peñol grande, fuerte, metido en agua y con mucha gente de culhua, que en viendo venir los bergantines á la vela hizo ahumadas, y en teniéndolos cerca les dió grita y les tiró muchas flechas y piedras. Saltó Cortés y con el hasta ciento y cincuenta compañe-

ros españoles: combatióles, ganóles las albarradas que para mejor defensa tenían hechas, subió á lo alto, pero con mucha dificultad, y peleó allá arriba de tal suerte que no dejó hombre, écepto mugeres y niños, y esta fué una hermosa victoria aunque fueron heridos veinte y cinco españoles por la matanza que hubo, por el espanto que á los enemigos puso, y por la fortaleza del lugar. Ya en esto habia tantos humos y fuegos al rededor de la laguna y por la sierra, que parecia arderse todo, y los de México entendiendo que los bergantines llegaban, salieron en sus barcas ciertos caballeros y tomaron quinientos de los mejores y adelantáronse para pelear con ellos pensando vencer, y cuando no tentar á lo menos que cosa eran buques de tanta fama. Cortés se embarcó con el despojo y mandó á los suyos estar quedos y juntos, para mejor resistir, y porque los contrarios pasásen á fin de que sin orden ni concierto acometiésen y se perdiésen. Los de quinientas barcas caminaron á mucha priesa, mas se pararon á tiro de arcabús de los bergantines á esperar la flota que les pareció no dar batalla con tan pocas cansadas; llegáronse poco á poco tantas canoas que enchian la laguna, daban tantas voces, hacian tanto ruido con atabales, caracoles y otras vocinas, que no se entendian unos á otros, y decian tantas villanias y amenazas como habian dicho á los españoles y tlaxcaltecas. Estando asi una y otra armada con semblante de pelear, sobrevino un viento terral por popa de los bergantines tan favorable y á tiempo que pareció milagro. Cortés entonces alabando á Dios dijo á los capitanes que arremetiésen juntos y á una, y no pasásen hasta encerrar los enemigos en México, pues era nuestro señor servido de darles aquel viento para alcanzar victoria, y que mirásen cuanto les iba en que ganásen aquella primer victoria y batalla, y las canoas, cobrásen miedo á los bergantines del primer encuentro. En diciendo esto embistieron en las canoas que con el tiempo contrario ya comenzaban á huir: con el impetu que llevaban á unas quebraban, á otras echaban á fondo, y á los que se alzaban y defendian mataban: no hallaron tanta resistencia como al principio pensaban, y asi las desbarataron presto; siguiéronlas dos leguas y acorraláronlas en la ciudad, prendieron algunos otros señores caballeros y otras gentes: no se pudo saber cuantos fueron los muertos, mas de que la laguna parecia de sangre. Fué esta señalada victoria, y estuvo en ella la llave de aquella guerra, porque los españoles quedaron señores de la laguna, y los enemigos con gran miedo y pérdida: no se perdieran asi sino por ser tantos que se estorbaban unos á otros, ni tan presto, sino por el tiempo. Alvarado y Cristobal de Olid como vieron la derrota, estrago y alcance que Cortés hacia con los bergantines en las barcas, entraron en la calzada con sus huestes, combatieron y tomaron

ciertas puentes y albarradas por mas recio que se defendian, y con el favor de los bergantines que les llegó, corrieron los enemigos una legua haciéndolos saltar en la laguna á la otra parte en que no habia fustas: tornáronse con eso, mas Cortés pasó adelante, y como no parecian mas canoas saltó en la calzada que va de Ixtapalapan, con treinta españoles: combatió dos torres pequeñas de ídolos con sus cercas bajas de cal y canto, donde le recibió Moteúhsoma, que es en el punto donde ahora está la iglesia de S. Antonio Abad que se dice *Xoloco*: ganólas aunque con harto peligro y trabajo, pues que los que estaban dentro era muchos, y las defendian bien: hizo luego sacar tres tiros para ojear los enemigos que cubrian la calzada, que estaban muy rehacidos y recios de echar: tirou una vez, é hicieron mucho daño; mas como se quemó la pólvora por descuido del artillero, y por ser ya las puestas del sol, cesaron de pelear los unos y los otros. Cortés aunque tenia otra cosa pensada y acordada con sus capitanes, se quedó allí aquella noche: envió luego por pólvora al real de Gonzalo de Sandoval, y por cincuenta peones de su guarda, y por la mitad de la gente de Culhuacan, ó Coyoacán.

CAPITULO 21.

Como puso Cortés cerco á México.

Estuvo Cortés aquella noche á la entrada de Mexico, con tan gran peligro como temor, porque no tenia mas de cien compañeros españoles, y los otros eran menester en los bergantines, porque á la media noche cargaron sobre él mucha cantidad de enemigos en barcas por la calzada con terrible grita y flecheria; pero mas fué el ruido que las nubes, aunque fué novedad, no acostumbrando los indios pelear á tal hora: dicen algunos que por el daño que recibian de los bergantines se volvian luego. Al amanecer llegaron á Cortés ocho de á caballo, y hasta ochenta peones de los de Cristobal de Olid, y los de México comenzaron luego á combatir las torres por agua y tierra con tantos gritos y alaridos como suelen. Salió Cortés á ellos, corrió la calzada adelante y ganóles una puente con su baluarte, é hizoles tanto daño con los tiros y caballos de modo que los encerró: siguió hasta las primeras casas de la ciudad y por que recibia daño y le herian muchos desde las canoas rompió un peñazo de la calzada por junto á su real para que pasásen cuatro bergantines de la otra parte, los cuales á pocas arremetidas acorralaron las canoas á las casas, y asi quedó señor de ambas lagunas. Otro dia partió el capitan Gonzalo de Sandoval de Ixtapalapan para Culhuacán ó Coyoacán: de camino tomó y destruyó una pequeña ciudad que está en

la laguna que es *Mexicaltzinco* porque salieron á pelear con él. Cortés le envió dos bergantines para que con ellos como puentes pasasen el ojo de agua que por allí iba de la calzada que habian rompido los enemigos; dejó Sandoval su gente con Cristobal de Olid, y fué para Cortés con diez caballos, hallóle revuelto con los de México, apeóse á pelear, y le atravesaron un pie con una vara: otros muchos españoles quedaron aquel dia heridos; mas bien se lo pagaron los enemigos que los maltrataron de tal manera pues que de allí adelante los trataron con mas miedo y menos orgulloso ánimo que solian. Con lo que hasta aquí habia hecho pudo Cortés muy bien asentar y ordenar su gente y real en los lugares que mejor le pareció y á proveerse de pan y de otras cosas muchas necesarias: tardó en ello seis dias, aunque ninguno pasó sin escaramucear. En los bergantines hallaron canales para navegar al rededor de la ciudad que fué cosa muy provechosa y así entraron muy adentro de México y quemaron muchas casas por los arrabales: cercóse México por cuatro partes aunque al principio se determinó por tres. Cortés estuvo entre dos torres de la calzada que ataja las lagunas, Pedro de Alvarado en la calzada de Tlacópan, Cristobal de Olid en Culhuacán ó Coyoacán, y Gonzalo de Sandoval (creo) que en Xaltócan ó Tenayucan, porque Alvarado y otros dijeron que por aquel lado se saldrian los enemigos viéndose en aprieto si no guardaban una calzadilla que iba por allí. No le pesára á Cortés dejar salida al enemigo, en especial de lugar tan fuerte, sino porque no se aprovecháse de la tierra metiendo por allí viveres, armas y gente de socorro que pensaba el capitán Cortés aprovecharse mejor de los contrarios en tierra que en agua, y en cualquiera otro pueblo que no en aquel, y porque dice un proverbio, *á tu enemigo si huye hazle la puente de plata.*

CAPITULO 22.

La primera escaramuza dentro de México.

Quiso Cortés un dia entrar en México por la calzada y ganar cuanto pudiése de la ciudad, y ver qué ánimo ponian los vecinos: mandó decir á Pedro de Alvarado y á Gonzalo de Sandoval, que cada uno acometiése por su estancia, y á Cristobal de Olid que le enviase ciertos pones y algunos de á caballo y que los demás guardasen la entrada de la calzada de Culhuacán de los de Xochimilco, Coyoacán, Culhuacán, Ixtapalapan, *Vitzilopuchtli*, (39) *Mexicaltzinco*, y otras ciudades allí al rededor, aliadas y sujetas á México, no fuera que entrá-

[39] *Llábase hoy Churubuzco.*

sen por detrás. Mandó asimismo que los bergantines fuésen á raiz de la calzada, haciéndole espalda por entrambos lados. Salió pues de su real muy de mañana con mas de doscientos españoles, y hasta ochenta mil amigos, y á á poco trecho halló los enemigos bien armados y puestos en defensa de lo que tenian quebrado de la calzada, que sería cuanto una buena lanza en largo y otra en hondo: peleó con ellos, defendiéronse muy gran rato detrás de un baluarte, al fin les ganó aquellos y los siguió hasta la entrada de la ciudad donde habia una torre, y al pie de ella una puente muy grande alzada con muy buena albarrada, por debajo de la cual corria gran cantidad de agua: era tan fuerte de combatir y tan temerosa de pasar que la vista solo espantaba: tiraban tantas piedras y flechas que no dejaban llegar á los españoles. Todavía la combatió, y como hizo llegar junto á los bergantines, por una parte otra la ganó con menos trabajo y peligro que pensaba, lo cual fuera imposible sin ayuda de ellos. Como los contrarios comenzaron á dejar la albarrada, saltaron en tierra los de los bergantines y luego pasó por ellos y á nado el ejército; los de Tlaxcálan, Huejotzinco, Cholólan y Tezcoco, cegaron con piedras y adobes aquella puente: los españoles pasaron adelante, y ganaron otra albarrada que estaba en la principal y mas ancha calle de la ciudad, y como no tenia agua pasaron fácilmente y siguieron los enemigos hasta otra puente, la cual estaba alzada, y no tenia mas de una viga: los contrarios no pudiendo pasar todos por ella, pasaron por el agua á mas andar, por ponerse en salvo; y porque hasta allí ya no podian pasar los bergantines quitaron la viga y se pusieron á la defensa: llegaron los nuestros y se estancaron porque no podian pasar sin echarse al agua, lo cual era muy peligroso sin tener bergantines, y como desde la calle y baluarte y desde las azotéas peleaban con mucho corazon los mexicanos y les hacian daño en los españoles, hizo Cortés acestar dos tiros á la calle y que no tirásen á menudo los ballestas y escopetas: recibian con esto mucho daño los de la ciudad y aflojaron algo de la valentia que al principio tenian: los castellanos lo conocieron y arrojaron ciertos españoles al agua y pasáronla. Como los enemigos vieron que pasaban desampararon las azotéas y la albarrada que habian defendido dos horas y huyeron: pasó el ejército y luego hizo Cortés á sus indios cegar aquella pnte con los materiales de la albarrada y con otras cosas. Esta puente es la que está junto al hospital de la Concepcion (40) que los naturales llaman *Vitzillan*. Los españoles con algunos amigos prosiguieron el alcance, y á dos tiros de ballesta hallaron otra puente pero sin albarrada, que estaba junto á una de las prin-

[40] *Hoy hospital de Jesus.*

principales plazas de la ciudad: asentaron allí un tiro con que hacían mucho mal á los de la plaza: no osaban entrar dentro los españoles por los muchos que en ellas había; mas al cabo como vieron no tenían agua que pasar determinaron puesta en obra volver las espaldas y cada uno echó por su parte á donde poderse salvar, aunque los mas fuésen al templo mayor. Los españoles y sus enemigos corrían tras de ellos, entraron y á puras lanzadas los echaron fuera que con el miedo no sabían de sí: subieron á las torres, derribaron muchos ídolos y auduvieron un rato por el patio. El rey Quauhtimoc reprendió mucho á los suyos porque así huyeron: ellos tornaron en sí, reconocieron su cobardía y como no había caballos revolvieron sobre los españoles, y por fuerza los echaron de las torres y de todo el circuito del templo, y les hicieron huir gentilmente. Cortés y otros capitanes los detuvieron é hicieron hacer rostro debajo los portales del patio, diciendo cuanta vergüenza les era huir; pero en fin no pudieron esperar viendo el peligro y aprieto en que estaban, y que los aquejaban reciamente: retiráronse á la plaza donde quisieron rehacerse, mas también fueron echados de allí: desamparó el tiro el artillero que poco ántes dije no pudiendo sufrir la fuerza y furia del enemigo. Llegaron á esta ocasión tres de á caballo con sus lanzas, y entraron por la plaza alanceando indios: como los vecinos vieron caballos comenzaron á huir y los españoles á cobrar ánimo y á revolver sobre ellos con tanto ímpetu que les tornaron á ganar el templo grande, y cinco españoles subieron las gradas, entraron en las capillas mataron diez ó doce mexicanos que se hacían fuertes allí y tornáronse á salir: vinieron luego otros seis de á caballo juntáronse con los tres y ordenaron todos una celada, en que mataron mas de treinta mexicanos. Cortés entonces como era tarde y estaban los suyos cansados, hizo señal de recoger, cargó tanta multitud de contrarios á la retirada que á no ser por los de á caballo peligraron hartos españoles, porque arremetían como perros rabiosos sin temor ninguno, y los caballos no aprovecharan si Cortés no tuviera el cuidado de allanar los malos pasos de la calle y calzada: todos huyeron y pelearon muy bien, pues que la guerra lo lleva. Los españoles quemaron algunas casas de aquella calle, porque cuando otra vez entraran no recibiesen tanto daño, con las piedras que les tiraban de las azoteas: Gonzalo de Sandoyál y Pedro de Alvarado, pelearon muy bien por sus cuarteles como buenos hombres y valientísimos capitanes.

CAPITULO 23.

El daño y fuego de casas.

Andaba en este tiempo D. Fernando de Alvarado Tecocoltzin, señor de Tezcoco por su tierra visitando y atrayendo á sus vasallos al servicio y amistad de Cortés que para esto se quedó, y con su maña ó porque á los españoles les iba prósperamente, atrajo casi toda la provincia de Culhuacán que señorea á Tezcoco y seis ó siete hermanos suyos que mas no pudo aunque tenía mas de ciento segun despues se dirá, y á uno de ellos que como arriba dije era el primero que se bautizó, llamándose D. Fernando de Alvarado Tecocoltzin, señor y cacique de Tezcoco, que llamaban Ixtlilxuchil, que bautizado despues, se llamó D. Hernando Cortés Ixtlilxuchitl, mancebo esforzado y de hasta veinte y cuatro años hizo capitán, envióle al cerco con obra de cincuenta mil combatientes muy bien aderezados y armados. Cortés lo recibió alegremente agradeciendo su voluntad y obra, tomó para su real treinta mil de ellos, y repartió los otros por las guarniciones. Mucho sintieron en México este socorro y favor que D. Fernando Tecocoltzin enviaba á Cortés, porque lo quería á ellos, y porque venían allí parientes y hermanos, y aun padres de muchos que dentro de la ciudad estaban con Quauhtimotzin. Dos días despues que D. Hernando Cortés Ixtlilxuchitl llegó, vinieron los de Xochimilco y ciertos serranos de la lengua que llaman otomítl á darse á Cortés, rogando á este capitán les perdonase la tardanza y ofreciendo gente y vituallas para el cerco; él se holgó mucho con su venida y ofrecimiento porque siendo aquellos sus enemigos estaban seguros los del real de Culhuacán: trató muy bien los embajadores, díjoles como de allí á tres días quería combatir la ciudad, y por tanto que todos viniésen para entonces con armas, pues que en aquello conocería si eran sus amigos y así los despidió: ellos prometieron de venir y lo cumplieron. Envió tras de esto tres bergantines á Sandoyál y otros tres á Pedro de Alvarado, para estorbar que los de México se aprovechásen de la tierra metiendo en canoas agua, fruta, centli y otras vituallas por aquella parte, y para hacer espaldas y socorrer á los españoles todas las veces que entrásen por la calzada á combatir la ciudad, que él tenía conocido de cuanto provecho eran aquellos barcos. Estando cerca de las puentes los capitanes de ellos corrían noche y día toda la costa y pueblos de la laguna por allí. Hacían grandes saltos, tomaban muchas barcas á los enemigos cargadas de gente y mantenimiento, y no dejaban á ninguna entrar ni salir. El día que emplazó los enemigos al combate oyó Cortés misa, instruyó á los

capitanes de lo que habian de hacer, y salió de su real con veinte hombres de á caballo y trescientos españoles y gran muchedumbre de amigos y tres piezas de artillería: encontró luego con los enemigos, que como en tres ó cuatro dias atras no habian tenido combates habian abierto muy á su placer lo que los españoles habian cegado, hecho mejores baluartes que primero, y estaban esperando con los alaridos acostumbrados; mas como vieron bergantines por la una parte y la otra de la calzada, alojaron la defensa. Conocieron luego los castellanos el daño que hacian, saltaron los de los bergantines en tierra y ganaron la albarrada y puente: pasó luego el ejército y dió tras los enemigos los cuales á poco trecho se guarnecieron en otra puente muy presto, aunque con harto trabajo se la ganaron los castellanos, y los siguieron hacia otra, y así peleando de puente en puente los echaron de la calzada y de la calle y aun de la plaza. Cortés anduvo hasta con diez mil indios, cegando con adobes, piedra y madera todos los caños de agua y allanando los malos pasos, y hubo tanto que hacer que se ocuparon todos aquellos diez mil indios hasta hora de vísperas: los españoles y amigos escaramucearon todo este tiempo con los de la ciudad de los cuales mataron muchos en las celadas que les echaron tambien: anduvieron un rato por las calles que no tenían agua ni puentes los de á caballo alanceando ciudadanos, y de esta manera los tuvieron cerrados en las casas y templos. Era cosa notable lo que nuestros indios hacían y decían aquel dia á los de la ciudad, porque unas veces los desafiaban á la pelear, otras los convidaban á cena, mostrando piernas y brazos y otros pedazos de bombres, y les decían... esta carne es de la vuestra, esta noche la cenaremos y mañana la almorzaremos, y despues vendremos por mas; por eso no huyais que sois valientes, y mas os vale morir peleando que de hambre, y luego tras de esto apellidando cada uno por su ciudad ponían fuego á las casas. Mucho pesar tomaron los mexicanos de verse así afligidos por los españoles, pero mas les pesaba el verse ultrajar de sus vasallos, y en oír gritar á sus puertas, victoria, victoria ¡Tlaxcálan, Chalco, Tezcoco, Xochimilco y otros pueblos, así que del comer carne no hacían caso, porque tambien ellos se comían los que mataban. Cortés viendo los de México tan endurecidos y porfiados en defenderse ó morir, coligió dos cosas, una que habria poca ó ninguna de las riquezas que en vida de Motenhsoma vió, y tuvo otra que le daba ocasion y les forzaban á que los destruyése totalmente, y de ambas les pesaba pero mas de la postrera, y todo era pensar qué forma tomaria para atemorizarlos y hacerles venir en conocimiento de su yerro y del mal que podían recibir, y por ello derribó muchas torres y quemó los idolos, quemó asimismo las casas grandes en que la otra

tes posó, y la casa de las aves que cerca estaba. No habia español mayormente de los que antes las vieron, que no sintiese pena de ver arder tan magníficos edificios; mas para que á los ciudadanos les pesara mucho las dejaron quemar, y nunca mexicano ni hombre de aquella tierra pensó que fuerza humana, cuanto mas la de aquellos pocos españoles bastara á entrar en México á su pesar, y poner fuego á lo principal de la ciudad. Entre tanto que ardia el fuego recogió Cortés su gente, y volvióse para su real. Los enemigos quisieron remediar aquella quemazon mas no pudieron, y como vieron ir á los contrarios diéronles grandísima carga y grita, y mataron algunos que de cargados con el despojo iban rezagados. Los de á caballo que podían muy bien correr por la calle y calzada los detenían á lanzadas, y así ántes que anocheciera entraron los españoles en su fuerte y los enemigos en sus casas, los unos tristes y los otros cansados. Mucha fué la matanza de este dia pero mas fué la quemazon que de casas se hizo, porque sin las ya dichas quemaron otras muchas los bergantines por las calles donde entraron: tambien entraron por su parte los otros capitanes, mas como era solamente para divertir los enemigos no hay mucho que contar.

CAPITULO 24.

La diligencia de Quauhtimoc y de Cortés.

A otro dia siguiente muy de mañana despues de haber oído misa, tornó Cortés á la ciudad con la misma gente y orden porque los contrarios no tuviessen lugar de limpiar las puentes ni haber baluartes; mas por bien que madrugó fué tarde, pues que no se durmieron en México, sino que luego que tuvieron fuera al enemigo tomaron palas y picos y abrieron lo cegado, y con lo que sacaban hacían albarradas, y así se fortificaron como estaban primero. Muchos desmayaban y otros perecían en la obra de sueño y hambre que sobre cansados pasaban, mas no lo podían dejar de hacer porque Quauhtimoc andaba presente. Cortés combatió dos puentes con sus albarradas, y aunque fueron reias de tomar las ganó. Duró el combate de ellas de las ocho á la una despues de medio dia, y como habia grandísimo calor y mucho trabajo, padecieron infinitos, gastóse toda la pólvora y pelotas de las escopetas, y todas las saetas y alambres que los ballesteros llevaban: harto tuvieron que hacer en ganar y cegar estas dos puentes aquel dia. Al retirarse recibieron algún daño, porque cargaron los enemigos como si los españoles fueran huyendo: venían tan ciegos y engolocinados que no advertían en las celadas que les ponían los de á caballo en las cuales morían

muchos mexicanos, y los delanteros que debían ser los mas esforzados, y aun con todo este daño no cesaban hasta verlos fuera de la ciudad. Pedro de Alvarado ganó tambien dos puentes de su calzada este dia, quemó algunas casas con ayuda de tres bergantines, y mató hartos enemigos. Algunos españoles culpaban del daño á Cortés porque no iba mudando su real, como iba ganando tierra, y las causas que para ello habia eran grandes, porque cada dia tenían un mismo trabajo y aun siempre mayor en ganar de nuevo, cegar otra vez puentes y caños de agua; el peligro que pasaban en ello era grande y notorio, porque les era forzado echarse á nado todas las veces que ganaban algun puente, y unos no sabian nadar, otros no osaban, y otros no querian porque los enemigos no les dejaban salir á cuchilladas y botes de lanza, y así se tornaban heridos ó se ahogaban; otros decian que ya que no pasaba el real adelante, debia sostener las puentes, poniendo en ellas gente que las guardase, mas Cortés aunque muy bien conocia esto no lo queria hacer por mejor, que cierto estaba que si pasara el real á la plaza que lo podian cercar los contrarios por ser grande la ciudad y muchos los vecinos, y así el cercador quedaba cercado, y cada hora del dia y de la noche tuviera rebates y fuera reciamente combatido, y no pudiera resistir ni tuviera que comer si perdía la calzada y era segun Cortés lo decia, pues asentar las puentes era imposible, á lo menos dudoso por dos razones, la una porque eran pocos españoles, y quedando cansados del dia no podian pelear la noche; la otra que si las encomendaba á indios, era incierta la defensa y cierta la pérdida ó desbarate, de lo que se podia seguir gran mal; así que por esto, como porque el confiaba en el buen corazon de sus españoles, que cayendo ó levantando habian de hacer como él, seguia su parecer y no el ageno.

CAPITULO 25.

Como tuvo Cortés doscientos mil hombres sobre México.

Eran los de Chalco tan leales amigos de los españoles ó tan enemigos de los mexicanos, que convocaron muchos é hicieron guerra á los de Ixtapalapan, Mexicaltzinco, Cuiclahuac, Vitzilopuehtli, Culhuacán y otros lugares de la laguna dulce que no estaban declarados por amigos de Cortés, aunque nunca despues que sitió á México le habian enojado, y á esta causa ó por ver que los españoles llevaban de vencida á los mexicanos vinieron embajadores de todos aquellos pueblos á encomendarse á Cortés y rogarle los perdonase de lo pasado, y que mandase á los de Chalco no les hiciesen mas daño. El los recibió

en su amparo, y les dijo que no les seria hecho mas mal, y que nunca de ellos tuvo enojo sino de los de México, y que por ver si era cierta ó fingida su embajada les hacia saber como no levantaria el cerco que tenia puesto, hasta tomar aquella ciudad de paz ó de guerra, por lo que les rogaba le ayudáesen con canoas, pues tenían muchas, y con la demás gente que pudiésen armar, y le diésen algunos hombres que hiciesen casas á los españoles que no las tenían, y era tiempo de las recias aguas. Ellos prometieron cumplirlo, y así vinieron muchos hombres de aquellos lugares é hicieron tantas casillas en la calzada de torre á torre donde era el real, que muy á placer cabian en ellas los españoles, y otros dos mil indios que los servian, que los demás dormian en Culhuacán siempre, que no estaba mas de legua y media. Tambien proveyeron estos el real de algun pan y pescado y de infinitas cerezas, (41) de las cuales hay tantas por allí que pueden bastecer doblada gente que entonces habia en aquella tierra. Dura esta fruta cinco meses cada año, y son algo diferentes de las de España. No quedaba ya pueblo que algo montase en toda aquella comarca por darse á Cortés, y entraban y salian libremente entre españoles y se venian todos á sus reales, unos por ayudar, otros por comer, otros por robar, y muchos por mirar, y así pienso que habia sobre México doscientos mil hombres, y aunque es mucho el ser capitán general de tan gran ejército, fué mucha mas la destreza y gracia de Hernán Cortés en traer y regirlo tanto tiempo sin motin ni riña. Deseaba Cortés ganar y allanar la calle y calzada que vá de Tlacópan, (42) que es muy principal y tiene siete puentes para que libremente se comunicase con Pedro de Alvarado que estaba en aquella parte, que con esto pensaba tener hecho lo mas, y para hacerlo llamó la gente y barcos de Ixtapalapan y de los otros pueblos de la laguna dulce, y luego vinieron tres mil y quinientos, de los cuales echó con cuatro bergantines en la laguna grande que rodease a México dos mil, y los mil y quinientos restantes en la otra con otros tres bergantines para que corriésen la ciudad, quemásen casas, é hiciesen todo el mas daño que pudiésen. Mandó á cada guarnición que entrase por su cuartel y calle, matando, prendiendo y destruyendo lo posible, y él metióse por la calle de Tlacópan con ochenta españoles y muchos auxiliares, ganó tres puentes de ellas y las cegó, las otras dejó para otro dia y se volvió á su puesto: tornó luego al siguiente dia por la misma calle con la gente y orden pasada, ganó muy gran parte de la ciudad, mas nunca consiguió que Quauhtimoc diése señal de paz, de que se maravillaba mucho Cortés y aun le pesaba, así por el mal que recibia, como por el que él hacia.

[41] Que llamamos capulines. [42] Hoy de Tacuba.